

sonificación de la Patria, con sus calzoneras, espada y sombrero con toquilla tricolor... los monos se agrupan, uno se adelanta...

El Negrito, creyéndole el demonio, exclama:—«De parte de Dios te digo que me digas qué quieres.»

—Que me pagues mis pasteles, dice el mono.

—Ven por la paga... Alza entonces la bandera tricolor que ha estado oculta, y cambia instantáneamente la escena; es el Castillo de San Juan de Ulúa, son nuestros soldados, y es el mar con la escuadra francesa... Se agitan las banderas, suenan tambores y clarines, y se empeña un tiroteo de cohetes escupidores, cámaras, etc., que convierten en un caos la galera. El pueblo toma parte en el combate con una gritería de los demonios, palmadas, patadas y golpeo en bancos y palcos...

Los franceses avanzan, ya se acercan, ya apagan nuestros fuegos, ya cantan victoria. El Negrito, que ha estado infatigable, embiste, mata, empuña la bandera y se abre paso hasta lo más alto de la fortaleza... Allí se arrodilla... hace la señal de la cruz y grita... ¡Ah! María Santísima de Guadalupe!... El foro se ilumina entonces de luz de bengala, y entre una lluvia de oro y estrellas, en medio de las lágrimas del entusiasmo, rodeado de arcángeles, desciende la Virgen. Los monos corren; se embarran en el suelo, tiran los fusiles en medio de la rechiffa; las dianas, los vítores y las palmadas... Canta la música.

¡Ay Veracruz, Veracruz!

¡Ay Veracruz infeliz,

Qué susto le dió Santa-Anna

Al almirante Baudin!

Antójaseme en este momento hacer una descripción, lo más detallada posible, de una habitación de persona de la clase media de mis tiempos.

Habían pasado los tiempos de los canapés de tripe y las pantallas, los baldoquines y tibores. Ahora se inauguraba otra época, y mientras las importaciones europeas se instalaban poco á poco en los grandes salones y en las alcobas protegidas por Compañón y otros negociantes, la clase infeliz permanecía adherida al *petate* y al *llecuill*, y en la clase media se verificaban renovaciones parciales, conservándose mucho de lo colonial y de lo indígena.

Supongo una vivienda principal de casa de vecindad con su empinada escalera, su corredor á la entrada, su sala, recámara, comedor y cocina, con su heregía de azotehuela y su excusado como posdata minúscula de la habitación.

En el corredor, no faltaban, colgando, jaulas de canarios, zenzontles ó gorriones, aros de hojalata con tiras de vidrio que sonaban con el aire, y no eran raros los pájaros disecados ó las ardillas.

En un rincón del corredor, veíanse limpias y bien plantadas colosales tinajas con barniz encarnado, y la destiladera fresca, porosa y brindando refrigerios.

El suelo era de solera, pero pintado de encarnado con un compuesto de azarcón, tierra roja, y no sé qué más; pero le daba al piso cierta frescura y alegría muy agradables.

No era raro hallar en el corredor pinturas al fresco, que representaban, ya el bosque y el Castillo de Chapultepec, ya el paseo de la Viga con su canal y sus canoas con músicos y cantadores, ya un coleadero con sus toros ligeros y sus rancheros balanceándose para coger la cola. . . . Unas veces disparatadas estas pinturas, otras pasables, siempre eran muy del agrado de propietarios y visitas.

El ajuar de la sala, en lo general, era de sillas y canapés de tule, pintados de verde ó color de café, llamados de *pera* y *manzana*, por tener esas frutas doradas en el respaldo. Al pie de los canapés se veían escupideras de hojalata de figura oval con sus tapas de simétricos agujeros, y fungiendo de alfombra, ó más bien dicho, margen ó tapete, un petate pequeño ribeteado con orillo.

En el medio de las paredes de la sala, en rinconeras y mesillas adecuadas, eran de rigor altos nichos de cristal con imágenes de la Divina Pastora, la Divina Infantita, de Nuestra Señora de los Dolores, á la que ardía constantemente una lamparita de aceite; de la Virgen de la Concepción, sin faltar, por supuesto, un Santo Cristo de Guatemala, rodeado de milagros de plata con su auténtica respectiva y sus doscientos días

de indulgencia concedidos por los Sres. Madrid ó Be-launzarán.

En lo alto de las paredes lucían cuadros de la Santísima Trinidad, San Juan Nepomuceno, abogado de la honra: Señor San José con su Niño en los brazos y el beato San Sebastián de Aparicio, con los bueyes arrodillados á su frente.

Era de rigor en una de las rinconeras el braserillo con ascuas cubiertas de ceniza para encender los cigarros.

En la recámara eran características las cortinas, formando cuadro varillas de fierro, la cama de madera fina, la pileta de agua bendita, un sillón para uso exclusivo de las personas graves, y sillas pequeñas de tule. Las cómodas y baúles para la ropa hacían un papel importante, siendo el perchero sólo para el señor de la casa.

A la entrada del comedor, servía á la concurrencia un aparato fijo en la pared, constante, de un depósito de agua y un receptáculo más abajo, con su llave el primero, la toalla al lado y una jicara con el jabón de la Puebla, el zacate fino ó estropajo, y un tezontle pequeño para que los interesados se rasparan los dedos del humo del cigarro.

La cocina, por pobre que fuera, tenía en sus paredes labores, rúbricas y caprichos formados con ollas, cazuelas, comales, flores hechas con aventadores y cucharas y juguetes, todo guarnecido con cenefas y labrados de colorines que le daban aspecto vistoso.

El gran barril para el agua era mueble importantísimo, tan importante, como el aguador en su línea que no es poco decir; y la arandela que era para el alumbrado nocturno.

El lujo de curiosidades y chucherías, y se me olvidó pintarlo á tiempo, se ostentaba con suma curiosidad en el tinajero que debimos haber colocado al lado de las destiladeras del corredor.

El tinajero ostentaba los vasos de Pepita, y las dulceras de cristal, la lindísima loza de Sajonia y de China, los trasteitos de Tzintzuntzan, los perritos y venados, muñecos de Tonalá, los jarros llamados de Guadalupe, las chucherías de yesca y carbón, las figuritas de camelote de Oaxaca, jícaras y guajes de Michoacán y Tepalcíngo y otros juguetes en las paredes que descendían desde el techo, formando fajas, círculos, ondas y márgenes al tinajero.

Sólo las familias de cierta posición tenían tinas de baño, aunque solían usarse ya de hojalata, ya de palo forradas de plomo, teniendo por complemento la calentadera con sus tres tubos con sus tapas, siendo el mueble esencial y á veces el motivo de que el baño fuera un verdadero escándalo en la familia, por el acarreo del agua, el transporte de la lumbre, las quemadas y la humareda no pocas veces causa de peligrosos encarbonamientos.

En una casa como la descrita, era común que figurase el buen chocolate de *tres tantos* (uno de canela, uno de azúcar y uno de cacao) sin bizcocho duro ni

yema de huevo; el champurrado para los niños y, de vez en cuando, café con leche con *tostada ó mollete*. Hacían compañía á los líquidos los bizcochos de Ambriz, los panes y huesitos de manteca del Espíritu Santo presentándose de vez en cuando á lisonjear la gula las hojuelas, los tamalitos cernidos y los bizcochos de maíz cacahuatzintle. El final del desayuno eran sendos vasos de agua destilada.

Cuando acudían visitas á las once de la mañana era forzoso obsequiarlas: si eran señoras, con vinos dulces como Málaga, Pajarete ó Pedro Ximénez, sin faltar en una charolita puchas, rodeos, mostachones, soletas, etc., y sus tiritas curiosas de queso frescal. El sexo feo se las componía con rispido catalán, llamado judío, porque no conocía las aguas del bautismo.

En las comidas resaltantes para las festividades de un congreso de familia, compuestas de las matronas más expertas en el arte culinario, se ostentaban:

Las sopas de raviolos y la de arroz con chícharos, rueditas de huevo cocido y sesos fritos.

La olla podrida, era la insurrección del comestible, el fandango y el cataclismo gastronómico, la cita dentro de una olla de las producciones todas de la naturaleza.

Encerrábanse en conjunto carnes de carnero, ternera, cerdo, liebre, pollo, espaldillas y lenguas, mollejas y patas; en este campo de agramante se embutían colles y nabos, se introducían garbanzos, se escurrían habichuelas, se imponían las zanahorias, campeaba el

jamón y verificaban invasiones tremendas, chayotes y peras, plátanos y manzanas en tumultuosa confusión; hasta creíase percibir entre el hervor y el humo, rodajas de espuela, relojes y ramas de árbol, facciones humanas truncas y gesticulaciones fantásticas de monstruos abortados por la locura.

La olla podrida se apartaba en dos grandes platoes para servirse; uno de los platoes contenía carnes, jamones y espaldillas, patitas y sesos, en el otro la verdura con todos sus accidentes, y entre los platoes, enormes y profundas salseras de jitomate con tornachiles, cebollas y aguacates y salsas de chile solo ó con queso y aceite de comer de Tacubaya ó los Morales.

El plato de olla podrida podía constituir por sí solo un banquete, y un gastrónomo no experto habría necesitado un manual ó guía para penetrar en aquel laberinto sorprendente.

La llenura; el hartazgo, la beatitud del boa, se encontraba en primera en ese plato privilegiado.

En los guisados había predilecciones caprichosas: como pollo en almendrado, con pasas, trocitos de acitrón y alcaparras; pichones en vino y liebre, ó conejo en pebre ó con salsas.

El turco, la torta cuajada, la torta de cielo, los patos en cuñete, tenían sus lugares de honor, lo mismo que los guajolotes rellenos y los deshuesados, obra maestra de las cocineras de la alta escuela.

En los festines de familia ó de alguna confianza, ha-

cían con aplauso sus apariciones el mole poblano de tres chiles, el de pepita ó verde y los famosos manchamanteles con sus rebanadas de plátano y sus gajitos de manzana.

Lo espléndido, lo musical y poético, eran los postres: los encoletados voluptuosos, la cocada avasalladora, los cubiletes y huevos reales, los zoconoxtles rellenos de coco. . . . la mar! . . . el éxtasis! . . . la felicidad suprema. . . . Frutas, zapote batido con canela y vino, garapiña, etc., etc.

Después de dar gracias y de levantar los manteles, fumaban los señores mayores (que me reventaban) y se les servía salvia, muelle, cedrón ó agua de yerba buena para asentar el estómago.

Esto era, por decirlo así, la realización del ideal.

La vil prosa de la alimentación diaria era el chocolate de oreja y el atole, el anisete á las 11, y en la comida una sopa de pan, arroz ó tortilla, un lomo de carne anémica escoltada por unos cuantos garbanzos, salsa de mostaza, perejil ó chile, y principios en que fungían con aplauso el rabo de mestiza, los huevos en chile, los chilaquiles, las calabacitas en todos sus apetitos variantes, los quelites, verdolagas y huauzontles; nopales, las tortas de papas, de coliflor, pantallas y las carnicas de cerdo. Alegraba la comida la miel perfumada con cáscara de naranja, y servía como de digestivo una tortilla tostada que se hacía astillas entre los dientes. El frijol popular, el frijol, amigo de los desheredados, el frijol, refrigerio del hambriento, el frijol patrio, ocu-

paba el puesto de honor y se le solía adornar con cebolla picada, con queso, con ahuatate y salsa para que sonriera la gula en la mesa más humilde. El oficio de limpiadientes lo desempeñaban en general los popotes, con excepción de uno que otro personaje que usaba el oro con un raseaoidos en el opuesto lado.

El mole de pecho, un lomo frito prófugo del puchero, si acaso con dos ó tres hojas de lechuga y el parraño amable, componían las cenas de los mártires numerosos de la clase media.

En la clase más infeliz los tres amigos del pobre (maíz, frijol y chile) hacían el gasto, lisonjeando el apetito el nenepile, el menudo, tripa gorda y otros ascos y espantos de cualquier estómago racional.

Se hace un verdadero salón de carnaval mi cerebro cuando pretendo coordinar, cronológicamente hablando, modas y trajes de las épocas á que me estoy refiriendo, ya porque muchos permanecieron estacionarios, ya porque los cambios se hacían muy lentamente, y ya porque un accidente cualquiera convertía en efímeras ó arraigaba los usos de la manera más caprichosa.

En esta confusión sólo puedo decir que pasaron para el gran tono las épocas de los encajes, de las macedonias, de los tápalos chinos valiosísimos; de la manga corta ó guante de brazo, para dar lugar á capotas y chales y tocados con perlas, *tembleques* de piedras preciosas y plumas, quedando en pie, dominando las ruinas, como diría Horacio, la saya y la mantilla de riquí-

simo trapeo y la mantilla blanca para espectáculos y paseos.

En el calzado siguióse ostentando el proverbial lujo de las mexicanas; el exclusivo era el bajo, sin que se presintiera ni de lejos este botín masculino, recuerdo del soldado y del colegial de poca fortuna.

El zapatito bajo de raso negro era el zapato aristocrático y el de mahón negro lo adoptaba gustosa la pollita recatada.

Las pollas y damas afectas á las transgresiones constitucionales, gastaban zapatos de raso verde ó café; pero el zapato bajo era como engaste ó marco de la rica media calada de la patente, de la media lisa y en menor escala de la limpiísima media de hilo de Escocia, algodón....

Duplicando los consumos, alarmando cortadoras, porque eran muy contadas las modistas (Mad. Adela y después Virginia Gourgues), apareció triunfal el túnico *ampón* que debía su ser á las enaguas de armar, las mangas de farol y la peineta de olla, que fué seguida de la de uña, gajos, tres potencias, etc.

Aquello fué un horror. La indiana, el carranclán, la musolina, la seda misma, sucumbieron á la moda y era el ideal lo esférico, el mundo, no sé qué de bombástico y estupendo. Entre la reunión monumental de tres esferas, bajo un semicírculo altísimo aparecía una fisonomía náufraga, perdida entre los flecos ó los tirabuzones, porque no quedaba sino uno que otro recuerdo de los caracoles.

Las entusiastas secuaces de la moda solían llevar colgadas al cinto seis ó siete enaguas de armar, todas bien tirantes y almidonadas, de suerte que al andar formaban un ruido como de ramazon sacudida por el viento, y los faroles se agitaban sobre el pecho y el rostro de modo que en el baile sufrían verdaderas cachetinas los danzantes.

Los señores graves, aferrados en sus recuerdos, vestían luengos levitones, altos sorbetes, y sus capas redondas, adicionadas las de lujo con un enorme cuello de nutria que servía de abrigo, respaldo y almohadón de la cabeza.

Grande consumo tenía el paño, pero el pantalón de casimir era el preferido; así como para los pollos el frac verde ó azul de botón dorado y en el pollo vulgar la *piel de tusa*, reemplazo ventajoso de la coletilla y de la cotona.

El calzado era por regla general la bota entera ó el boreceguí, surtiéndose los pollos *mal comidos*, *del brazo fuerte* ó sea de los zapateros ambulantes que vagaban por las calles llevando cabalgando en el brazo su mercancía.

En los abrigos masculinos se habían hecho más sensibles los cambios: al capote y la esclavina los había de sterrado de *ciertopelo* el carricle aristocrático, color de haba, con sus respectivas degradaciones entre los pobres, y al carricle lo había condenado al lacayo, el barragán que se hizo popular y aprohijó y reconoció como de su propia familia á la talina y al capote dragón.

Alegrando las almas, sosteniendo la bandera de la tradición apasionada y bella como en un centro luminoso de amor y poesía, se destacaba la china con su salero y su zandunga, con su *currucú* de ternezas y con su desenfado de real persona.

Hela ahí. . . . Vedla con su color de piñón que remeda al celaje de la tarde al morir el sol; con sus ojos muy negros medio cerrados por el ensueño, mientras sonrío en sus labios la promesa y vuela incontenible el beso. . . . vedla con su camisa descotada y llena de randas, como jaula mal segura que impide el vuelo de dos tortolitas. . . . y no véais más. . . . si tenéis en algo vuestra salvación.

Finísimo lienzo, como indicamos, cubre su pecho y redondea con bordados preciosos de chaquira el nacimiento de su torneado brazo; ciñe su cintura ancha faja de burato con largos flecos que se abren y derraman sobre sus cuadriles; comienza la garbosa enagua con el corte de seda verde lustrósísima, y corona y sostiene el castor encarnado y negro cuajado de lentejuelas con sus golpes de listón sencillo cayendo sobre una bambalina de ondas, de encajes, repulgos y primores de la enagua interior, blanca como los ampos de la nieve; detiéndose respetuoso el encaje al principiar la soberana pantorrilla, como gritando atrás á la curiosidad impertinente y abandonando á la admiración mundana un piececito de crema de carne humana, breve como el suspiro, sensual como el contacto de la hoja de rosa en los labios, engastado en un zapatito color bronceado de raso ó ta-

filete, con tres mancuernas, para señalar el empeine y su enfranje para poner en relieve la perfección de aquellas *faiciones de la China*.

Pero todo esto es nada si se compara con la *morfiza* de retrechería y de endivida que se traspora, trasciende y encanta del carácter, del amor y de la sal y pimienta de la criatura.

El bajo pueblo, que vivía en los alrededores y en algunos puntos centrales de la ciudad, guardaba condiciones de miseria que por fortuna hoy nos parecen de todó punto increíbles.

Veíanse jacales de indios en Tarasquillo y los alrededores de Santiago Taltelolco, Tepito y Santa Clarita, la Viga, San Antonio Abad, etc., etc.

El muro de caña y adobe, á veces el techo de paja ó tejamanil, el *Uecuil*, una olla con agua. En el jacal de lujo un petate. . .

Los muros desnudos, los perros sarnosos, la llaga, la momia ambulante y seres deformes, como jorobados, rostrituertos, patizambos y epilépticos. . . .

El hombre era como una ficha de dominó de seis y blanco, piel en la parte superior y calzon de manta; la mujer con un lienzo de lana corto flotando sobre pecho y espalda. . . . enredada en un lienzo que al recogerlo podía hacerse bailar á la interesada como un trompo.

El lépero, generalmente hablando, como para caracterizarse de pura sangre, ha de ser mestizo, bastardo, adulterino, sacrílego y travieso, entendiéndose quemás

que picardía debe haber chispa ó ingenio en el magín y más que tendencia al crimen, inclinación á lo villano; pero estos caracteres llagando el ingenio despejado, la aptitud para acciones generosas, el valor temerario y rasgos de gratitud realmente notables, todo sobre un fondo de amor á la holganza, de fanatismo y de simpatías poderosas por el robo, la embriaguez y el amor.

La leperita es limpia y hacendosa, heroica en el amor; feroz en el celo; sufrida en la miseria; sublime en la abnegación y en el peligro fanática, madre tierna y con volubilidad increíble hasta lanzarse á la locura si la acompañan la pasión y la alegría, ó al martirio si se lo exigen la ingratitud de la persona amada ó el capricho nacido del deseo de venganza ó la soberbia. El desinterés de la china es sobre toda ponderación.

Lo lépero, para mejor darme á comprender, lo constituye el carácter moral, siendo un verdadero accidente el ejercicio, el oficio, la posición y las circunstancias en que se encuentre.

Lo lépero es como lo cancanesco, que consiste en la intención picaresca, en el movimiento lascivo, en el gesto intencional ó desvergonzado; es ladino el lépero y se adapta á las maneras de la gente abatida; cuanto más mal intencionado y rencoroso se muestre, mas sumiso, propende á la incredulidad y á la mofa de lo religioso, y los legos, los sacristanes y la gente de iglesia son su delicia; odia al gendarme y al soldado, al criado doméstico ó *gato* ó mantenido, es hábil artesa-

no, pero flojo, estafador y amigo de la vagancia y el juego.

El amor, el pulque y la riña absorben su existencia; para el primero necesita de la mujer legal y la querida; para lo segundo, los amigos; para lo tercero cualquier rato es bueno, y la cárcel *no le impone* aunque ve de reojo y con dolo á los soplones, los escribas y *los plumarios* de los juzgados.

En el asalto, en el asesinato tenebroso, en la conspiración meditada y sombría no entra el lépero jamás.

Mi maestro me decía con razón: al lépero no se define ni se explica; se le sorprende en un acto cualquiera que le caracteriza: *un ladrón*, acaso puñal en mano, le despoja á uno de su reloj: *el lépero* le pisa un callo como inadvertidamente, y mientras uno se lamenta él desaparece con la prenda.

Un ladrón empeña una prenda robada ó la rifa en el juego; un lépero llama á uno aparte y con misterio le ofrece un anillo, haciendo creer que es robado, y resulta falso el anillo.

En el lépero hay mucho de rastrero; pero le enamora el ingenio, le subyugan los hombres de cacumen y de *indinidad*.

—¿Como ha podido usted robarse esas cucharas del café? le preguntaba un juez á un lépero.

—Como me dijeron los de la casa que allí tomaba uno lo que quería... tomé las cucharas sin agravio de *naide*.

En los versos populares, en la canción callejera es

donde más especialmente se acentúa esta faz de la inteligencia del lépero.

La mujer es una pera  
Que en el árbol está dura:  
Cuando se cae de madura,  
La coge el que no la espera  
Y goza de su hermosura.

—  
Querer á una, no es ninguna;  
Querer á dos es bondá:  
Querer á cuatro y á cinco  
Es gracia y habilidá.

—  
Soy de calidá de gallo  
Que en llegando á lo macizo,  
Me vuelvo *santo postizo*. . . . .  
Después, que la parta un rayo  
Por los favores que *mihzo*.

—  
Qué bien dijieron los sabios  
Al voltear la hoja tercera:  
¡Oh qué tontos son los diablos  
Que esperan que uno se muera  
Para vengar los agravios!

—  
¡Adiós! me despido, ingratas:  
Me alejo de vuestro trato.  
¡Ay qué indinas son las ratas  
Que quieran comerse al gato!

Y en medio de las contradicciones de este carácter, que con tan confusas líneas hemos querido bosquejar, el lépero es valiente: odia la ingratitud y la perfidia



con sus *aparceros*, se precia de desinteresado y es muy raro que delate al cómplice y que abandone al amigo en la desgracia.

En su mente se agita el caos. Supersticiones bestiales, torcidas máximas morales, ideas obtusas de libertad y derechos, confabulaciones para el robo con los santos y santas. . . . la mar! Pero lo típico de esta confusión lo vamos á ver patente, andando los tiempos en la época de la Reforma.

Con frecuencia he visto establecer paralelos y comparaciones entre el curro andaluz y el lépero mexicano, y aunque se insiste en encontrar rasgos parecidos, yo creo que en mucho se ha modificado el tipo español debido á los muy diferentes medios de desarrollo de los dos originales.

El manolo es, según lo que he leído, alegre, fanfarrón, enamorado y manirroto, supersticioso y burlón, de imaginación ardiente y apasionado de la hipérbole y el epigrama; le carga el señorito, pero acata las clases; odia á los extranjeros y no se mete en la política platónica sino cuando algún personaje le hace el enemigo de su gente.

El lépero mexicano, mestizo casi siempre, es afecto á los placeres ruidosos; pero se retrae, atiza el júbilo y tiende su red interesado; se finge sumiso y hasta vil con su enemigo mientras no se le puede emparejar: entonces, repentinamente se vuelve insolente y le mata; adora en las mujeres, pero pocas veces se *acuartela* con una. Se aviene perfectamente con la mance-

bía y si se casa tiene su aquella y la otra sin amar la vida de familia, y siendo su encanto la *calle* y los *valedores*.

Valiente con inteligencia clara, con aspiraciones á la riqueza; á poco que se civiliza, entra á la política y se codea con las personas distinguidas. Así se opera la metamorfosis del lépero. Repugna la traición, ama á la madre, respeta á la mujer *legal* y tiene rasgos de gratitud nobilísimos.

El manolo es más ingenioso y más inofensivo; el lépero más concentrado y más peligroso. De un lépero puede brotar un héroe. De un manolo ó curro se forma un tipo inmortal, como Manolito Gázquez.

---

De 37 á 40.

Tomemos resuello, cambiemos equipo y tendamos la mano á nuestra memoria para que nos conduzca á los palacios y academias, á las mansiones de los próceres, á los modestos gabinetes de los sabios y á las tertulias en que todas estas entidades se mezclaban delineando las facciones de nuestra sociedad.

Como acaso me dificultara el benévolo lector, aunque no era de todo extraño á la epidemia política que nos ha invadido hace tantos años, no obstante que en México se ha modificado cierto refrán que dice: «de médico, poeta y politiquero, quien no sabe vale cero,» y á pesar del roce académico con gente de espada y con próceres del gran teatro del mundo, me importa-

ban una higa los cambios políticos y las peripecias palaciegas, conforme con mi importancia de escribiente y mi vida airada de capense. Así es que veía pasar á lo lejos y como figuras de sombra chinesca á D. Justo Corro con su beatífico semblante y su comitiva de santurrones graves y circunspectos, y á D. Miguel Barragán, elegante, fino, caballeroso, que había figurado honrosamente en la capitulación de Ulúa, que había refinado en sus viajes por Europa sus conocimientos y modales, y cuya muerte fué universalmente sentida.

La enfermedad del Presidente Barragán puso en acción los adelantos médicos, y la gente ensalzaba la sabiduría y las nuevas curaciones que se planteaban.

Apenas murió el Sr. Barragán y anunció el cañón tan funesto acontecimiento, se transformó el hoy Salón de Embajadores de Palacio en *capilla ardiente*, tapizada de negro paño y cubiertos balcones y puertas, de modo que la luz rompía un muro de tinieblas.

De trecho en trecho se colocaron magníficos altares vestidos de negro y oro y altos blandones con robustos cirios en cada uno de ellos. En esos altares por tres días se estuvieron diciendo misas constantemente y en el del fondo se oían cantos mortuorios.

En el centro de la pieza y en medio del piélagos de luz se veía el ataúd del cadáver.

El difunto Presidente vestía riguroso uniforme; á su semblante le había comunicado animación el artificio, y parecía que sus ojos de esmalte imponían silencio y ordenaban recogimiento religioso á la concurrencia.

Sus ayudantes, con sus espadas desnudas, le custodiaban como estatuas de sombrero de tres picos, charreteras y bota fuerte.

Aquel era el primer espectáculo de su género que veía México independiente.

La facultad médica de México venía reluchando y dando tumbos por establecerse desde 1833. Bajo la presidencia del Dr. Gral. D. Casimiro Licéaga, patriota eminente y grande amigo de los liberales más ameritados.

Sin hogar ni asiento pasaron los hijos de Esculapio del convento de Betlemitas al del Espíritu Santo; de allí á San Ildefonso, donde tuvo nombre de Escuela de Medicina; en menos de un periquete dió un salto á San Juan de Letrán, donde parece que perdía el fuero y se refugió en San Hipólito, donde por fin se organizó.

Los grandes fundadores que al fin realizaron los proyectos de Licéaga, Escobedo, Carpio y Benítez, fueron D. José Ignacio Durán, D. Ladislao de la Páscua, D. Leopoldo Río de la Loza, D. Francisco Ortega, D. Miguel Jiménez y no recuerdo quiénes otros más.

En ese padrón científico y patriótico señalaba la gratitud pública verdaderas eminencias, hombres de saber y de virtudes que dieron sólido cimiento á los adelantos que ha hecho la medicina en México.

Escobedo, por ejemplo, era un hombre al parecer brusco y adusto, de color moreno, sienes deprimidas, ojos hundidos y pómulos salientes, hablaba escuchándose y tenía actitudes gravedosas y teatrales.

Aquel hombre, repelente á primera vista, era un manantial de ternura inagotable. Apenas se reservaba lo preciso para una decente subsistencia y todo lo demás lo distribuía entre los pobres, pero tan en silencio, tan sin ostentación, tan ignorado de los propios beneficiados, que era realmente una delicia seguir sus pasos. Alentaba á los estudiantes y les daba lecciones y libros; siempre serio, siempre monosilábico y áspero.

Cuando vino Jecker, eminentísimo cirujano, asistió Escobedo á una de sus operaciones, sondeó su saber y solicitó ser su discípulo, desnudándose de todo amor propio, haciendo que diese una cátedra en la Escuela y fundando bajo bases sólidas y fructuosas el estudio de la Cirugía.

Espíritu levantadísimo, hombre lleno de fe en el porvenir, reservado á la ciencia, alma enérgica para ver en cualquier obstáculo un motivo para templar el espíritu y renovar su esfuerzo, y sobre todo personificación del sentimiento de amor á los que sufren, Escobedo es un lucero que reverbera en primer término en el firmamento de los bienhechores de México.

A su casa no sólo asistían estudiantes aventajadísimos como Lucio, Pascua y otros, sino amigos de su persona y estudiantuchos como yo, quien veía en el señor Escobedo un verdadero benefactor por los favores que hacía á mi desamparada familia.

Río de la Loza era otro de estos obreros estimables de la ciencia: alto, delgado hasta extralimitarse de flaco, piel amarilla, ojos hundidos, actitud doliente; le

veo con su capa con cuello de nutria, disertando en la cátedra de química con especial estimación.

También veo á Jecker con su pelo rubio, con sus manazas rechonchas y acolchonadas, sus ojos azules, su cuerpo obeso pero listo, y cierto desparpajo de tendero que era una admiración.

Pero en las operaciones se transformaba, su mano era levísima, su bisturí parecía con inteligencia propia; para él era como de cristal el cuerpo humano y sus triunfos era el último que los apreciaba sin orgullo ni jactancia. Francote, un sí es no es desvergonzado entre amigos y santo en su caridad, en su paciencia y su amor á los pobres.

Era buen bebedor sin que su cerebro padeciese, y cuando se le obstinaban las irritaciones que padecía, se daba baños de uno y dos días, diciendo: esta sí es la mayor frescura del mundo.

Habían pasado los tiempos del protomedicato y del Dr. Febles, de Cancino y Setina, de Becerril y de Guapillo; estos dos últimos tipos realmente populares con sus igualas en los principales conventos de monjas y sus entradas á las prisiones.

Ya se había abolido la mula tradicional y el anillo indispensable. No obstante, Becerril en el barrio de Mesones, y Guapillo en el de la Pila Seca, eran como dos puertos en que se salvaban los enfermos pobres.

Becerril era médico ecuestre, de montura y escudero; cabalgaba con su frac azul de botón dorado, su gran sorbete y su chicote para arrear al paciente jamelgo.

Sus visitas duraban tres horas; le decían tata los niños, y él soltaba cada latín, que dejaba tirrios á sus pacientes....

«¡Cuando, cuando se deshabite ese vientre, cantaremos la victoria; decía á las casadas jóvenes, y con esto quedaban hechas aleluyas!»

Guapillo era un hombrecillo de poco más de vara de alto, pero tan ancho de pecho y tan deforme, que parecía un sapo, erguido en dos pies.

Frente que pudiera llamarse tira, ojos que podían cubrirse con dos monedas de á cinco centavos, una nariz que le obligaba á tender el brazo para sonarla y un fleco de barba de pasamanería; he ahí al doctor. Al hacer cualquiera exclamación, los músculos de su rostro se contraían, y eran un verdadero fandango sus facciones.

Por supuesto, la espalda toda era una joroba fenomenal, un Popocatepetl de carne y hueso.

Al mirar aquel conjunto, apenas se podía concebir que fuera un alhajero de ciencias, una arca de bondades y un relicario, ó más bien dicho, un manantial de chistes, de donaires, de anécdotas y de antídotos poderosos contra el fastidio.

Era buen gastrónomo; su bolsa estaba abierta para todo el mundo.

Una vez asaltaron su casa los ladrones, y despechados de no encontrar el botín que codiciaban, en vez de dar tortura á Guapillo, descolgaron de la pared un bandolón, y le dijeron que si no bailaba el *Jorobante*,

(sonecito que se bailaba con jorobas postizas) le matarían.

Hicieron círculo los ladrones.

Pespunteó el bandolón y vino el canto:

«En la esquina de Palacio  
Mataron un jorobado,  
Y en la joroba tenía  
Un zopilote parado.

Meramente  
Jorobante.  
Tipi...tipi...tipi...tante.»

Este último verso se acompañaba de figuras grotescas, chistes y cabriolas.

El doctor desplegó en esto tanta gracia y tan buen humor, dijo tantos chistes, y se captó con su talento el ánimo de los ladrones... que le dejaron en paz... y á pocos días le plagiaron para darle un banquete, pedirle perdón de las ofensas, y ofrecerle sus personas y servicios.

Pero en esa galería médica, ningún personaje llama mi atención como Don Miguel Muñoz, padre del ilustre Dr. D. Luis Muñoz, fundador también de la Escuela de Medicina.

No salgo garante de la exactitud verídica de lo que voy á referir; transmito solamente la tradición tal como corría y propagaba en los labios del vulgo.

Por los años de ocho ó nueve vino á nuestra leal ciudad de México Don Francisco Javier Balmis, in-

signe propagador de la vacuna, y persona de alta y merecida categoría.

Para cumplir el Sr. Balmis su cometido, trató de prender relaciones con la gente del pueblo, los curas y las personas influyentes en los barrios, y se fué á vivir á la calle del Rastro, muy adecuada para su objeto.

En estas cavilaciones llegó el domingo, y mandó llamar al barbero más inmediato para que le afeitase, arreglase el pelo y lo pusiese como nuevo.

Atinaron á llamar al Figaro más afamado de las intermediaciones, personaje con establecimiento rumboso en que no faltaba ni el yelmo de mambrino, ni el escalfador, ni la piedra de amolar, ni el gallo atado á la calza y con el maíz al frente.

El Figaro era listo y desembarazado, de nariz puntiaguda, como lesna, ojos pequeños, desmedrado y enjuto de carnes, boca pequeña y como recogida con esfuerzo en sus extremos, y mano suave, ligera y expedita.

El Figaro entabló conversación con el Sr. Balmes, quien le halló tan sesudo, tan instruído en cuanto podía convenirle y tan adecuado para su objeto, que le hizo su secretario, su confidente, y al fin su amigo predilecto, y no podía por menos: Don Miguelito era amigo del cura, compadre del Notario, padrino del tendero, consultor de la chimolera, depositario de los secretos del señor Conde, y ministro sin cartera de todos los círculos de gente de valía en el barrio.

El barbero en aquella época no sólo tenía la investidura que su nombre indica, sino que era el precursor del dentista, el que ponía ventosas, levantaba cáusticos y daba las *unciones* de Mercurio, todo con carácter oficial; pero en lo extraoficial recibía consultas de jóvenes maltratados por el amor, vírgenes desahuciadas por la fortuna, ancianos en liquidación de achaques viejos, hijos de familia en conflicto y sacerdotes celosos de disfrazar sus resbalones mundanos.

Cada día cobraba el Sr. Balmis más alto concepto de su confidente; le facilitó libros, le dió lecciones, y en menos que se los cuento, elevó al rango de cirujano romancista á el hábil barberillo de la calle del Rastro.

Muñoz, con superficialísimos estudios, guiado por su talento clarísimo, se dedicó á observaciones propias y aplicaciones, á nuestros hábitos, á nuestras costumbres, elementos de vida, etc., no obstante ser su título de puro cirujano romancista.

Las más costosas medicinas las simplificaba ó las suplía, desnudándolas de la tecnología científica; los preceptos higiénicos los difundía entre los indios más ignorantes, y desterraba con su ejemplo y con sus prácticas la multitud de errores y procedimientos bárbaros para los partos y curación de enfermedades.

Sus estudios sobre la alimentación del pueblo, tortilla, frijol, pulque, chile, era preciosísimo, así como el aprovechamiento de yerbas, aguas termales, etc., dirigiéndose por la tradición azteca.

